

CONSTRUCCIONES EN PIEDRA SECA LAS «CASILLAS» DE CHARCHES

DRYSTONE WALLING. THE «REFUGES» OF CHARCHES

Antonio Castillo López

Asociación Cultural y Deportiva Sened | castillodejerez@hotmail.com

Recibido: junio de 2021 / Aceptado: julio de 2021

Resumen

La construcción en piedra seca sin ningún tipo de aglomerante constituye una técnica de adecuación del ser humano al territorio que arranca desde el Neolítico. Los países mediterráneos son especialmente ricos en estas soluciones constructivas. En el pueblo de Charches (Granada), hemos localizado un importante conjunto de refugios con falsa cúpula que destacan por su singularidad, belleza y mimetismo en el medio. El presente trabajo es un avance de una investigación que acaba de comenzar.

Palabras clave

Piedra seca | Patrimonio inmaterial | Caliches | Salvaguardia | Arquitectura tradicional | Paisajes culturales.

Summary

Drystone walling, without any form of grouting, is an example of human adaptation to the environment dating back to the Neolithic era. Mediterranean countries have an abundance of such structural techniques. In Charches (Granada), we have found an important group of refuges with pseudo-domes, notable for their unusual character, beauty and affinity with the environment. This article is a preview of research which is in the early stages.

Keywords

Drystone | Non-material heritage | Calcite | Safeguard | Traditional building | Cultural landscapes.

1. INTRODUCCIÓN

En el año 2018 la Unesco inscribió los “Conocimientos y técnicas del arte de construir muros en piedra seca” en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Esta declaración conllevó un trabajo previo de documentación y estudio por parte de los países promotores: Bulgaria, Croacia, Eslovenia, España, Francia, Grecia, Italia y Suiza. Las Comunidades Autónomas de Andalucía, Aragón, Asturias, Canarias, Cataluña, Comunidad Valenciana, Extremadura, islas Baleares y Galicia trabajaron y apoyaron la candidatura española.

Mucho antes, el 3, 4 y 5 de mayo de 2001 Albacete acogió el I Congreso Nacional de Arquitectura Rural en Piedra Seca. En aquella ocasión el director general de Patrimonio y Museos, Rafael López Martín de la Vega, dijo al respecto:

“No se trata de una arquitectura monumental en el sentido más clásico, pero representa el trabajo, la lucha y el esfuerzo para hacer más productiva la tierra y menos hostil el medio natural a través de construcciones de alto valor etnográfico.”
(Martín, 2003: 1074)

No obstante, este tipo de arquitectura es considerada por algunos como “patrimonio menor”, como “arquitectura efímera” que carece de importancia para el conjunto de nuestro Patrimonio. Estas afirmaciones nos parecen un craso error puesto que cualesquiera que sean las manifestaciones del hábitat rural, por humildes que parezcan, son la respuesta del poblamiento para resolver los asuntos cotidianos de la existencia, adaptándose al medio y al territorio. Requieren una gran pericia, una mimetización con la naturaleza y una respuesta adaptativa a las duras condiciones medioambientales.

El legado y las diversas tipologías constructivas en piedra seca existentes en el Estado español son enormes. Prácticamente todas las Comunidades Autónomas tienen una amplia representación de estas edificaciones. Sería muy prolijo y escaparía a los objetivos de este trabajo entrar en la descripción de todas ellas. Numerosos colectivos culturales y de investigadores se esfuerzan por toda la geografía nacional en catalogar este enorme legado arquitectónico que tiene una especial relevancia en los países del entorno mediterráneo:

“El papel de las Administraciones en construir y consolidar mecanismos dirigidos a la formación de la técnica de la piedra seca ha sido clave en Comunidades como Galicia o las Islas Baleares. A través de la Escola de Cantería de Pontevedra o L'Escola de Margers, la enseñanza de esta técnica ha permitido no solamente su continuidad, sino su reconocimiento como unos saberes y conocimientos que se siguen poniendo en obra.” (Delgado, 2020)

En Andalucía, los sistemas Béticos y Penibéticos son especialmente ricos en la utilización de la piedra seca como recurso de adaptación e integración en la naturaleza. Por toda la región se encuentran expresiones de estos hábitats realizados con materiales pétreos: zahúrdas, chozas, eras, balates y muros de separación. Basten algunos ejemplos, las chozas del norte de la provincia de

Córdoba, asentadas en Sierra Morena y Los Pedroches destacan por su variedad tipológica y dispersión geográfica (Luque & Pulido, 2014); los zahurdones de la sierra de Aracena con su característica forma de túnel, y el rico patrimonio que alberga Sierra Mágina que recuerda un potente pasado ganadero y agrícola de montaña.

En junio de 2004 se celebró en Pegalajar (Jaén) el II Congreso Nacional de Arquitectura Rural en Piedra Seca, organizado por la Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina y el colectivo CISMA (Delgado, 2020). A partir del mismo este colectivo se decide a realizar una exhaustiva investigación científica de todos los elementos constructivos existentes en la comarca para realizar un inventario del patrimonio arquitectónico rural. La extraordinaria riqueza patrimonial de esta sierra posibilitó que eras, cercados, albarradas, bancales, chozos, chozas, caracoles, monos o cuevas, pozos de nieve, majanos, minas, linderos, rastrillos, etc. quedaran catalogados, siendo objeto de publicaciones y exposiciones. CISMA publica además la revista *Sumuntán* y realiza jornadas temáticas sobre la sierra (López Cordero & López Fernández, 2005).

Almería guarda una variada gama de soluciones constructivas en piedra seca merced al clima, altitudes, espacios, técnicas y herencia cultural. En 2017 el grupo de investigación “Laboratorio de Antropología Social y Cultural” de la Universidad de Almería (LASC-UAL) y el Instituto de Estudios Almerienses (IEA) abrieron una línea de trabajo para conocer y difundir su patrimonio en piedra seca, registrando sus tipologías, catalogándolas y aportando información adicional sobre la técnica empleada, localizaciones, contextualización e imágenes. Mediante un convenio con la Diputación Provincial almeriense, una exposición fotográfica recorre, con los resultados del trabajo, los diferentes municipios de la provincia. De todas las soluciones constructivas encontradas en el trabajo de campo la que más se acerca a nuestro objeto de estudio son los que los autores han registrado con el nombre de refugios, cuevas, chozas, chozos, covachas, cortijillos o casetas de ubios:

“Los refugios son construcciones sencillas prácticas y funcionales, enmarcadas en los ámbitos agropecuarios para guarecerse de las inclemencias meteorológicas y dar respuesta a las necesidades inmediatas de pastores y agricultores [...] hay un determinismo medioambiental que empuja a su construcción.”

Se localizan en las áreas pizarrosas o pedregosas de Nevada y Filabres. Las de base cuadrangular se concentran en Uleila del Campo y laderas del santuario de Montahur, y las de base circular en la sierra de la Atalaya, Lubrín, Sorbas, Bédar y Antas (Checa & Muñoz, 2020).

En la provincia de Granada, con una riquísima tradición agropecuaria, con una amplia red de hábitats rurales y con un paisaje de montaña muy antropizado poseemos una copiosa representación de esta arquitectura mineral. Las sierras de Baza, Nevada, Loja, Contraviesa, Castril, etc., con sus respectivos llanos y valles, con la construcción de terrazas y vegas desde época andalusí para crear espacios de regadío en la montaña, obligaron a la construcción de una ingente cantidad de balates. El cultivo de cereales propició por cortijos y pueblos la fabri-

cación de amplios espacios de eras. Y las actividades ganaderas han necesitado secularmente construir infraestructuras como corrales, cabañas y cobijos por todas partes. Este inmenso patrimonio está necesitado de una puesta en valor y de un amplio inventariado antes de que el olvido, el cambio de actividades productivas y la desidia acaben con tanto acervo, con tanta cultura.



Lám. 1. Casilla en el campo de Charches. Foto: J. M. Rodríguez Domingo.

2. EL ENTORNO GEOGRÁFICO Y PRODUCTIVO

Desde hace más de una década acostumbro a recorrer y escudriñar con mi amigo, el profesor Ricardo Ruiz Pérez, el amplísimo territorio del Cenete, nuestra comarca, disfrutando de sus paisajes, analizando las huellas dejadas por el ser humano en la demarcación, buscando caminos antiguos, aldeas perdidas, cortijos y minas, en una ingente labor que nos conduzca a su estudio y catalogación; un trabajo imprescindible para la necesaria puesta en valor de los bienes patrimoniales localizados. En esta ocasión quiero dar a conocer a la luz pública y al mundo científico la existencia de unos refugios fabricados en piedra seca, “casillas” se les llama aquí, únicas en la comarca que se emplazan al pie de la sierra de Baza, en la localidad de Charches.

Pero ¿quién ha estado en Charches? Visto desde las estribaciones norteñas de Sierra Nevada el viajero queda sorprendido ante la visión de lo que parece ser un pueblo construido en la más alta, lejana y recóndita de las soledades. Una

estrecha carretera asfaltada sale de La Calahorra y seccionando los llanos del Sened se dirige hasta dos iconos de la reciente historia marquiséña, hoy tristes y desolados: el poblado del Oeste y la estación ferroviaria de La Calahorra. A partir de aquí se encarama, como quien no quiere la cosa, hasta la misma falda sur de la sierra de Baza... Fin de trayecto, aquí muere la carretera. Estamos a 1426 m de altitud en un pequeño poblamiento, Charches, perteneciente en la actualidad al municipio del Valle del Zalabí, y que es el tercer pueblo más alto de la provincia granadina. Desde su caserío se observa con nitidez la amplitud del llano y unas impresionantes vistas del Picón de Jérez, del puerto de Bérchules, de los Morrones y del Chullo, todos en la cara norte de Sierra Nevada.

Su origen se debe a las roturaciones que en los siglos XVIII-XIX realizaron los vecinos de los pueblos del Cenete en la sierra de Baza (Ruiz, 2011). Vecinos sin tierras, o con escasez de ellas, comenzaron a desbrozar el monte más próximo a su localidad para conseguir nuevos campos de cultivo. Con el tiempo, la lejanía de estas nuevas tierras hacía dificultosa la labor de explotación, así que los campesinos fueron optando paulatinamente por construirse cortijos, en ocasiones aldeas, constituyendo poco a poco vecindario y así atender mejor los nuevos campos puestos en labor. Una pléyade de cortijos y poblados se fue formando poco a poco al pie de la sierra de Baza: Majalacrán, Menchapela, Almarza, Pocopán, Alfaguara, El Pocolo, Trinidad, Rambla del Agua, etc. A mediados del siglo XVIII, por el *Catastro del Marqués de la Ensenada*, sabemos que los cortijos aparecen registrados cada uno de ellos en las villas históricas: Charches, en La Calahorra; El Raposo, en Huéneja; Majalacrán, Menchapela, Almarza y La Alfaguara, en Dólar. En el caso de Charches debieron ser vecinos de La Calahorra puesto que en cuanto la cortijada empezó a tener cierta entidad perteneció al Ayuntamiento de esta localidad.

El geógrafo Tomás López (1730-1802) en su *Diccionario Geográfico de Andalucía* nos dice textualmente:

“Cortijos. En la falda de la Sierra de Baza hay tres cortijos, el uno en término de Calahorra que llaman Charches de cuarenta vecinos, Rambla del Agua y Raposo.”

En 1760 se constituyó la parroquia de Charches, y en 1793 pasó de ser iglesia sacramental del lugar de Charches a feligresía de Santa María de la Anunciación de la villa de La Calahorra, donde el cura matriz de la misma nombraba al cura teniente, su sustituto, en Charches. En el libro de bautismos de 1760 se documenta que la mayor parte de los inscritos son naturales de La Calahorra, Dólar, Gor y Aldeire. En 1805 el alcalde pedáneo de Charches se dirigía al obispo de Guadix para solicitar que se le restituyese el cura propio, eliminando su dependencia de La Calahorra, tal y como estuvo entre 1759 y 1792 (Fernández & Gómez, 2001).

La *Constitución de 1812* supuso un fuerte impulso a la vida municipal, posibilitando que aldeas con más de 500 habitantes pudiesen segregarse de su cabecera municipal y constituir Ayuntamientos. En 1813 Charches inició las gestiones para separarse de La Calahorra por las malas relaciones existentes, apoyando su petición en la base territorial que le posibilita la existencia de su feligresía. En 1827 Dólar emprendió un largo pleito contra Charches por su proyecto de incluir

la Rambla del Agua en su pretendida jurisdicción municipal. Una Real Orden de 26 de febrero de 1837 confirmaba la constitución del municipio de Charches, incluyendo la Rambla del Agua y El Raposo.

Madoz describe Charches “como una población con ayuntamiento propio con 59 vecinos y 279 almas. Tiene una ermita servida por un teniente con residencia en Charches y escuela de primera enseñanza. Tiene un terreno quebrado, con poca agua, maíz, excelentes pastos, ganado lanar y cabrío que tenía anexionados a los cortijos de El Raposo y la Rambla del Agua, que está situada frente a la Calahorra, de la que depende en lo eclesiástico”. Por un padrón vecinal de la parroquia de Charches de 1857 sabemos que la localidad contaba con 66 vecinos y 319 almas, y seguía compartiendo feligresía con la Rambla del Agua y el Raposo¹.

Pero fue en 1975 cuando Charches, Alcudia y Exfiliana se fusionaron para formar el actual municipio del Valle del Zalabí. El Ayuntamiento de Charches arrastraba una fuerte deuda y estaba obligado por decreto ministerial a fusionarse con otro Ayuntamiento que tuviese sus cuentas saneadas.



Lám. 2. Casilla en el campo de Charches. Foto: J. M. Rodríguez Domingo.

1. Archivo Histórico Diocesano de Guadix (AHDGu). Caja 3639, doc. 7. Padrón de vecinos de la iglesia parroquial de Charches.

Su territorio está constituido por una orografía sinuosa y quebrada con unas lomas pedregosas que van descendiendo suavemente hasta los 1100 m de los llanos del Cenete. La aridez del terreno, la inexistencia de cursos de agua y las características de sus suelos, calizos hacia el oeste y con la presencia de vetas de pizarra hacia el este, configuran unos espacios donde la agricultura se ha desarrollado con unas dificultades extremas.

En los siglos XIX y XX las tres fuentes de riqueza de Charches fueron la ganadería, la agricultura cerealista de secano y el esparto. La degradación del primitivo encinar vino de la mano de las roturaciones y las talas indiscriminadas; y, a continuación, las series de degradación que propiciaron la formación de grandes espartales. Así surgió una nueva oportunidad de supervivencia que venía a complementar la escasa economía familiar. La recolección del esparto se realizaba entre los meses de septiembre a diciembre a campo libre. Cada recolector intentaba cosechar la mayor cantidad posible para transportarlo con sus propios pies o con la ayuda de algún animal hasta la zona de pesaje. Una pequeña parte de la cosecha se quedaba en el pueblo para satisfacer las necesidades del mismo y con la que los buenos campesinos artesanos fabricaban espuestas, aguaderas, serones, cuerdas y “jarpiles”, herramientas imprescindibles para realizar las labores agrícolas. Restos suficientes de esta actividad quedan en la toponimia. Así en Dólar denominan a estos pagos como Los Atochares, y aún queda en pie un cortijo que recibe el nombre de Casilla del Esparto porque era el punto de acumulación y depósito de esta planta a la que los recolectores acudían para llevar el resultado de su arduo trabajo.

Por lo que respecta al ciclo cerealista (trigo, cebada, centeno), el caso de Charches hay que enmarcarlo en el global de la comarca, con la especificidad de que los caminos hacen dificultoso el uso de carros y que las parcelas están desniveladas, sin cursos de agua que hagan posible practicar el riego de primavera. En septiembre comenzaba la sementera, primero en los predios altos de la sierra, para después ir bajando poco a poco hasta el llano, alargándose a veces hasta noviembre. Se sembraba especialmente cebada, trigo y centeno.

Desde estas fechas los campos asistían a un pulular de campesinos que acompañados por sus respectivas bestias con sus hatos (ubio, arado de reja, sarrieta y “sembrera”) se desplazaban de bancal en bancal realizando las “mergas” y completando la “sembrera”. Una vez crecido el sembrado se abordaba la barbechera, tarea consistente en enterrar con el arado el rastrojo de la cosecha anterior. En enero llegaba la escarda, trabajo encomendado especialmente a las mujeres que con su mancaje en mano quitaban las malas hierbas y poblaban los campos hasta inicios del mes de abril. El duro invierno del Cenete, los fríos gélidos que soplaban desde Sierra Nevada y las nieves llamaban a las familias a recluirse en casa. Era el momento de hacer la pleita para trenzar sogas y aperos de labranza.

Llegado el verano había que hacer la siega, la barcina, la trilla, la parva y la “ablienta”. La actividad agrícola alcanzaba entonces el paroxismo. Los campos se poblaban de multitud de collas y familias que se afanaban en la durísima labor de la siega. Finalmente, las últimas tareas se realizaban en “el collao de las eras”,

una explanación situada por encima del caserío y que aún sobrevive a la presión de las nuevas edificaciones, lo cual nos posibilita observar y estudiar uno de los mejores conjuntos de empedrados de la comarca (Ruiz, 1999: 215-249).

Todas estas actividades se realizaban, como dijimos, en unos terrenos muy quebrados, sinuosos, con una gran inclinación y en los que las parcelas allanadas resultan impracticables. Cada predio tiene una gran cantidad de piedras que deben ir extrayéndose poco a poco y a las que dar utilidad. Son rocas carbonatadas secundarias conocidas como caliches que los arados van rompiendo una y otra vez. Cuando el desnivel lo requería se construían balates o albarradas y en otras ocasiones el agricultor optaba por construir su “casilla”, casi siempre en el borde de la parcela o entre dos parcelas levemente desniveladas. Los ejemplos que tenemos geográficamente más cercanos son los llamados chozos, caracoles, monos o cuevas en la cercana Sierra Mágina, donde existen un buen número de ejemplares asociados a la actividad ganadera; así como en Padul, en el valle de Lecrín, donde se localizan prototipos muy parecidos a nuestras “casillas”. Aquí se denominan “catifas”, “alcatifas” o “cortijillos” y se encuentran en los secanos de este pueblo, donde curiosamente se comparte una piedra caliza sedimentaria parecida a la de Charches².

3. ANÁLISIS TIPOLOGICO Y CONSTRUCTIVO

¿Qué son, pues, las “casillas” de Charches? Estamos hablando de unos hábitáculos de piedra seca con un aspecto rústico y primitivo, con una única estancia de forma cónica y redondeada como la de un iglú. Los hay de variadas formas y tamaños, que van desde un espacio para dos personas hasta seis u ocho. Se distribuyen salpicadas por el territorio, entre lomas y vaguadas, descendiendo desde el pueblo hasta los primeros bancales planos que engarzan con el gran llano; los límites de su localización son, por el oeste la aldea de la Trinidad, y por el este las inmediaciones de la Rambla del Agua. Por el sur desaparecen cuando ya el llano del Cenete impone su presencia.

Aparentemente no responden a ningún plan predeterminado, sino que son fruto únicamente de la voluntad y la necesidad de cada campesino con los trabajos en su parcela. Su planta puede ser rectangular, cuadrada o circular, aunque su interior es siempre redondeado. La técnica constructiva exige al campesino un depurado trabajo artesanal. Se utilizan las piedras del lugar y tras dibujar en el suelo con grandes mampuestos la planta de la “casilla”, se procede a colocar sucesivas hiladas de piedras que se traban paulatinamente con las que van debajo. Una vez alcanzada una altura de 1 m ó 1,50 m se comienza a construir la

2. Durante la redacción de este trabajo nos llegó una información con imágenes suministrada por María del Carmen Martínez Carasa, donde nos informaba de la existencia en el municipio de Galera, junto al cortijo de Ros, de unas construcciones de piedra seca muy similares a las que estudiamos en Charches, y que allí se denominan chozones. Esperamos visitarlas pronto y continuar con nuestra investigación.



Lám. 3. Casilla de Charches. Foto: A. Castillo López.

falsa cúpula que se logra a base de nuevas hiladas concéntricas que se van remetiéndolo por aproximación hacia el centro. Finalmente, una o dos grandes lajas planas cierran el techo y nuevos mampuestos redondeados y de menor tamaño se colocan encima para terminar de impermeabilizar el conjunto y darle una forma cónica achatada característica.

El acceso es un hueco abierto en la pared de pequeñas dimensiones y que siempre exige agacharse para poder entrar al interior. Sus medidas pueden ir de 1 m a 1,20 de alto, siendo el ancho de 0,55 a 0,75 m. Una laja aplanada realiza la función de dintel para asegurar la estabilidad de la abertura. Estas aberturas de acceso nunca tienen puerta y casi siempre están orientadas al sur, o en otras ocasiones al este para evitar los gélidos vientos del norte. El suelo está aplanado pero no tiene ningún tratamiento constructivo especial como podría ser un enlosado o empedrado. En ocasiones pueden tener en algún lateral –o en todo el perímetro– un segundo muro que actúa de contrafuerte. En otras ocasiones el muro exterior es tan grueso que puede estar relleno en su interior con piedras más pequeñas. La altura total exterior de la “casilla” es variable, dependiendo de las dimensiones que el constructor quiera conseguir, pueden oscilar de 1,50 m ó 1,80 m hasta 2,60 m que es el más alto que hemos localizado.



Lám. 4. Cerramiento en falsa bóveda de una casilla de Charches. Foto: A. Castillo López.

En Charches estos refugios eran construidos por los campesinos con dos objetivos: despedregar el espacio de cultivo, y disponer del habitáculo para guarecerse de las inclemencias del tiempo (frío, tormentas...), comer, sestear o guardar los aperos de labranza. Igualmente hemos podido constatar que eran utilizadas por los pastores en el verano, cuando recorrían con sus ganados las rastrojeras. Para el profesor José Manuel Rodríguez Domingo la denominación de “casilla”, aparte de ser única pues no la hemos encontrado en ningún otro lugar de España, nos indica que estas construcciones fueron muy apreciadas, adquiriendo –en su modestia, simplicidad constructiva y carácter ocasional– valores habitacionales comparables al hábitat doméstico permanente; una consideración superior a otras denominaciones que ya hemos nombrado para el resto de la geografía nacional: chozas, chozones, caracoles, cuevas, refugios, monos, etcétera.



Lám. 5. Casilla en el campo de Charches. Foto: J. M. Rodríguez Domingo.

La evolución de la agricultura y los avances de la sociedad contemporánea están provocando que estas “casillas” pierdan su función original, comiencen a ser abandonadas y amenacen su ruina y desaparición. Algunas de ellas presentan desperfectos: algún hueco en la pared, la pérdida del techo o el derrumbe parcial de alguna de sus paredes. Situación que reclama una urgente intervención o de lo contrario acabaremos perdiendo inexorablemente este patrimonio, seña de identidad de un pueblo esforzado y trabajador.

Actualmente los habitantes de Charches, reconocidos en el entorno como buenos emprendedores, viven de las granjas de aves que salpican su territorio. Además, en los últimos años se está produciendo un auténtico bum con el cultivo del almendro y lo que antes eran espartales y campos de cereales están siendo sustituidos por el cultivo de este árbol. La introducción de maquinaria pesada conlleva la rotura de las grandes placas de caliche que estorban a los arados y que acaban acumulándose en desordenados montículos que se colocan en los bordes de las parcelas y amenazan con aplastar las frágiles “casillas”.

Tenemos localizadas e inventariadas una veintena de estas estructuras, aunque debió haber unas sesenta o setenta según los testimonios locales. Nuestro propósito pasa por ponerlas en valor, contando con el consistorio del Valle del Zalabí, los vecinos y el resto de instituciones. En cualquier caso, tras varios meses explorando las construcciones de piedra seca de este pueblo puedo afirmar con rotundidad cómo las “casillas” de piedra que salpican el sinuoso campo de Charches constituyen uno de los conjuntos constructivos de piedra seca más interesantes y singulares de la provincia. En la comarca del Cenete son únicas, prácticamente desconocidas, y no hay constancia de la existencia de esta arquitectura en los demás pueblos.

Finalmente quedan por resolver varias incógnitas. ¿Por qué existen estas construcciones tan originales solamente en Charches y no en el resto de pueblos del entorno? Si los primeros habitantes de estas cortijadas, y sus descendientes, procedían de La Calahorra, Dólar y Aldeire, ¿cómo no se registra en estos pueblos construcciones similares? ¿De qué modo llegó hasta aquí esta técnica? ¿Quién o quiénes la introdujeron? ¿A qué intercambios culturales responden estas “casillas”? Confiamos que el registro documental, escaso y fragmentario, así como las fuentes orales contribuyan a esclarecer estas y otras cuestiones en torno a un patrimonio tan singular como ignorado y amenazado.

BIBLIOGRAFÍA

- Delgado Méndez, A. (2020) “La técnica de la piedra seca en Andalucía como patrimonio inmaterial de la humanidad. Fundamentos, formularios, compromisos y participación”, *Gazeta de Antropología*, 36(1). Recuperado de: <https://digibug.ugr.es> [consulta 20.04.2021].
- Fernández Hernández, A. & Gómez García, M. (2001) *Charches. Mirador de Sierra Nevada*. Alcadia: Ayuntamiento de Valle del Zalabí.
- López Cordero, J. A. & López Fernández, A. M. (2005) “La piedra seca, parte integral de la cultura tradicional de Sierra Mágina”, en AA. VV. *Arquitectura Rural en Piedra Seca. II Congreso Nacional*. Cambil: Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina, pp. 85-109. Recuperado de: <https://www.pegalajar.org/articulos/serrezuela.htm> [consulta: 17.04.2021].

- Luque Revuelto, R. M. & Pulido Jurado, R. (2014) “Metodología y fuentes para el estudio de una arquitectura rural desaparecida: las chozas del norte de la provincia de Córdoba”, *Cuadernos Geográficos*, 53(1), pp. 68-97. Recuperado de: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/view/1329/2477> [consulta: 20.04.2021].
- Martín López de Vega, R. (2003) “I Congreso Nacional de Arquitectura Rural en piedra seca”, *Zahora*, 38(2), p. 1074.
- Muñoz Muñoz, J. A. & Checa Olmos, F. (2020) “Análisis tipológico de las construcciones tradicionales de piedra seca en Almería (España)”, *Gazeta de Antropología*, 36(1). Recuperado de: <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=5181> [consulta: 20.04.2021].
- Romacho López, F. (2009) “Charches, mirador de Sierra Nevada”, *Revista El Legado Andalusi*, 40, pp. 96-103.
- Ruiz Pérez, R. (1999) *Lumbres de invierno*. Granada: Diputación.
- Ruiz Pérez, R. (2011) “Conflicto jurisdiccional y territorio en la Sierra de Baza”, *Boletín del Centro de Estudios «Pedro Suárez»*, 24, pp. 203-226.